

muy despreciables; pero que ellos no se desdían de vender, para sacar algo con que subsistir, y evitar la vergüenza de mendigar. Hay tambien muchos ricos, aunque siempre súcios y andrajosos, que prestan dinero con un interés exorbitante, como acostumbran

de afanzarse en ella descansar á sus tropas, y solo se aprovechó de su superioridad para exhortar de nuevo á los rebeldes que se sómetiesen, porque su espíritu compasivo é indulgente no podia determinarse á destruirlos.

Envióles á este fin á Josefo antiguo Gobernador de Jotápata, creyendo que un hombre de su nacion, que tantas pruebas tenia de la clemencia del vencedor, los reduciria mas fácilmente, á que le solicitasen. Mas ninguna de las razones de este elocuente Embajador consiguió persuadir á los gefes, ni hacer en sus ánimos la mas leve impresion. Sin embargo muchos particulares se animaron de los mismos sentimientos del enviado, y se entraron en los campos de los Romanos con disimulo y secreto, siendo recibidos con toda humanidad. Redoblaron su cruel vigilancia los dos tiranos Juan de Giscala y Simon de Giora, haciendo pasar á cuchillo á cualquiera que se arrimaba á las puertas de la ciudad sin órden suya, y se servian tambien de este pretexto para calificar de traidores á cuantos habian incurrido en su desgracia.

Ni en los mercados ni en sitio alguno se encontraban ya víveres, y el hambre seguia siendo menos sufrible. Allanaban para saquearlos entretanto todos los edificios los sediciosos, que abandonando á los demas habitantes á la miseria, solo de sí mismos tenian cuidado. Atormentaban con crueldad á cuantos conservaban algunos víveres y no los manifestaban. Adivinaban por el semblante y por la robustez á los que estaban bien mantenidos, y los entregaban á la tortura; hasta que la miseria fué en breve tan estremada que muchos trocaron su patrimonio por una medida de cebada, y encerrándose despues en lo mas oculto de sus casas hacian pan á la ligera, ó comian el grano crudo esperando á la muerte que ya no podian evitar.

Devoraba la carne sin detenerse en coserla el que conseguia un pedazo de ella, y los de una misma familia se arrebataban los bocados unos á otros, sin perdonar el marido á la esposa, ni la madre á su hijo que espiraba entre sus brazos. De suerte que la fuerza decidia del derecho, porque el peligro y la necesidad habian borrado todos los sentimientos y todos los afectos naturales. Nada se podia retraer mucho tiempo de la vista de los sediciosos. Al ver una puerta cerrada la echaban en tierra, asian de los cabellos á las mujeres que conservaban algun pan, arrastraban por el suelo á los niños que tenian un bocado en la mano, ó los acoceaban, ó estrellaban contra la pared para obligarlos á soltarlo. Robábanles á los mas infelices las yerbas que iban á cojer de noche fuera de la ciudad con peligro de su vida; porque Tito hacia prender á los que salian á buscar comestibles, y como casi siem-

los judíos en todo el mundo. Tienen mucha viveza para engañar en el comercio, y al tratar con ellos, es necesaria mucha precaucion, para no comprar en treinta ó cuarenta lo que no vale mas que tres ó cuatro pesos; ó para no pegarse el chasco de encontrar inservi-

pre eran estos perseguidos por los emisarios de los tiranos, se veian precisados á pelear antes de rendirse.

Los sitiadores crucificaban sin piedad á todos aquellos que cogian con las armas en la mano, para aterrar á los rebeldes; y hubo dia en que sacrificaron quinientos, de modo que ya no encontraban cruces ni sitios donde colocarlas. Así esta nacion deicida halló un castigo análogo al crimen que ocasionaba principalmente sus calamidades.

Los soldados idólatras injuriaban tambien de todos los modos posibles á estos infelices al tiempo de darles muerte, repitiendo los ultrajes y crueldades que estos emplearon con Jesucristo. Estos cadáveres los esponian á la vista de sus parientes y amigos, que desde lo alto de las murallas daban gritos de rabia y desesperacion. Enviaban tambien á la ciudad á algunos de estos desventurados cautivos despues de haberles cortado las manos, la nariz y las orejas, y haberlos disfigurado del modo mas horroroso, sin que tanta crueldad fuese poderosa á triunfar de su pertinacia.

Vióse el General Tito en la precision de valerse de todo los ardides y máquinas que se usaban en los sitios, é hizo levantar cuatro terraplenes ó plataformas para atacar la ciudadela. A los diez y siete dias de comenzada esta obra llegó al campo el hijo del Rey de Comagena con un refuerzo de tropas. El ilustre jóven corrió con precipitacion al asalto, despreciando la apatía de los Romanos; mas quedó vencido todo su ejército salvando él mismo prodigiosamente su vida. Concluidas las plataformas se colocaron en ellas las máquinas, y al tiempo de prepararse los Romanos para batir el muro, fué su asombro extraordinario viendo deshechas en un punto, y abrasadas dos de aquellas obras inmensas. Habíalas hecho minar por debajo de los muros de la ciudad, Juan de Giscala, por medio de un trabajo prodigioso y enteramente incomprendible en aquel tiempo, y poniendo fuego á los maderos en que se apoyaban quedaron estos reducidos á ceniza. Hicieron los sitiados al mismo tiempo una salida que acabó de sorprender y desconcertar á los Romanos. Los Judíos arruinaron los otros dos terraplenes, quemaron las máquinas, y rechazaron al enemigo hasta su campo.

Hubiera costado infinito trabajo reparar estas obras, y el soldado llegaba ya á dudar; por lo cual determinó Tito circunvalar á los Judíos lo restante de la ciudad con un nuevo muro de dos leguas de circuito; así verificó sin saberlo la prediccion del Salvador con todas sus circunstancias. Fué desde entónces la ham-

ble, lo que uno compró como muy bueno y muy útil. Tienen en Jerusalem una Sinagoga, donde se reúnen los sábados á leer la Santa Escritura y á hacer oración. Yo fuí á verla: es una pieza bastante grande con departamentos formados de madera, para separar

bre tan espantosa que sacrificaba á la vez familias enteras por las calles y por las plazas. Veíanse hombres hinchados y desfigurados que parecían fantasmas, que se arrastraban con gran fatiga y que de repente caían muertos. Estaban llenas de cadáveres las calles y las plazas; al principio se les daba sepultura, y entónces por una sola puerta de la ciudad sacaron en el espacio de dos meses y medio, ciento y quince mil cadáveres de pobres; sacábase esta cuenta para pagar á los conductores; hasta que despues faltaron ya las fuerzas y el valor para enterrar á ninguno. Inficionose de tal suerte el aire, que llevando el viento la infeccion hasta el campamento de Tito, levantó este los ojos al cielo vertiendo lágrimas y puso á Dios por testigo de que aquel pueblo rebelde debía atribuirse á sí mismo el exceso de sus calamidades. No derramaban ya lágrimas estos miserables ni profesarian quejas, solamente se notó en ellos un decaimiento estúpido, reinando un silencio lúgubre en toda la ciudad.

Insensibles á estas desgracias los sediciosos que las habian causado recorrían las casas despojando los cadáveres, y salían de ellas con grande algazara, y en los infelices que acababan de expirar ó que todavía no habian exhalado el último aliento probaban sus espadas y dardos.

La especie de anchura que les permitió por algun tiempo el enemigo sin estrecharlos con el fin de que se sometiesen voluntariamente, les dió ocasion para creer que los Romanos les temían, y llegaron á lisongearse con la esperanza de una próxima victoria. Para seducir á la plebe hacían los caudillos de las facciones que algunos falsos profetas se apostasen por las calles, aunque eran muy pocos los judíos que les daban crédito. Al contrario los que conseguían escaparse se refugiaban al campo romano, donde encontraban abundante sustento: y algunos perdían la vida por excederse en la comida que no podían digerir sus estómagos despues de tanta necesidad.

Temiendo muchos de estos fugitivos que los robasen, se tragarón al tiempo de su salida algunas piezas de oro que les quedaban. Los soldados Arabes y Sirios que componían parte del ejército Romano, les vieron buscar este oro entre sus excrementos, y divulgaron luego por todo el campo que los judíos que salían de Jerusalem tenían las entrañas llenas de oro. Esto excitó de tal suerte la codicia de los soldados, que iban á esperarlos al paso para abrirles el vientre. En una sola noche perecieron de este modo dos mil; y por mas que Tito publicó terribles penas contra esta atrocidad, no por esto dejó de proseguirse aunque mas secreta.

Preciso era usar de disimulo con un ejército compuesto de muchos extrangeros

los hombres de las mujeres, los niños de las niñas. Hay en medio una especie de ambon, donde se sube el rabino ó doctor á leer y explicar la Biblia. Hay tambien una especie de altar con una alacena en que guardan la Santa Escritura, y delante arden unas lám-

que cansados ya del sitio comenzaban á sublevarse. El general no encontró otro partido para evitar que el descontento pasase adelante, que el de violentar sus propias inclinaciones, y atacar la plaza á viva fuerza. Casi todo el mes de Junio se consumió en preparar nuevas máquinas y plataformas, y crecían en la empresa dificultades insuperables, porque era preciso traer la madera de cuatro leguas de distancia y recogerla demoliendo los edificios que habia en los campos separados unos de otros. No obstante sin omitir las precauciones que la experiencia aconsejaba se llevó á cabo la obra. Ya estaban concluidas las máquinas, cuando los rebeldes salieron de nuevo á destruirlas; pero los sitiadores las defendieron con un valor proporcionado á la fatiga que les habian costado; y el ejército correspondió á su constancia. Desde la mañana siguiente comensaron á usar del ariete y de la zapa, y conmovido el muro se vino abajo durante la noche. Entraron por las brechas situándose de modo que no pudiesen ser desalojados, y se apoderaron de la ciudad inferior.

Hasta los mismos sediciosos llegaron entónces á ser presa del hambre, porque esta lo dominaba todo. Corrían como lobos á la menor apariencia de comida, y entraban con violencia en las casas. Al fin careciendo ya de todo se comieron las correas de sus cinturas y de sus escudos, y despues los espinos y ortigas; era un bocado exquisito el heno viejo que se recogía, y unas pocas pajas de él llegaron á venderse en cuatro dracmas, que equivalen á mas de seis reales de nuestra moneda.

Habia venido desde la otra parte del Jordan á celebrar la Pascua en la ciudad santa donde se halló repentinamente encerrada con la multitud, una mujer llamada María, hija de Eleázaro, de ilustre nacimiento. Robáronla en breve los sediciosos cuanto tenia, sin dejarla cosa alguna para sustentarse ella y un niño de pecho que criaba. Reducida á tal estado, los llenó de improperios procurando incitarlos á que la despojasen de la vida; pero no pudo lograrlo y retirándose con el niño fijó los ojos en el inocente hijo que lamia sus pechos del todo secos, y le dijo: «infeliz ¿para qué te he de conservar? para sufrir mil horrores antes de morir, ó cuando mejor sea tu suerte para padecer una indigna esclavitud.» Dicho esto le degolló, le asó y comiéndose la mitad, guardó la otra. El olor atrajo bien pronto á los facciosos, y poniéndole la punta de la espada al pecho la pidieron lo que habia ocultado. «Yo os guardé, les dijo, una buena parte, vedla aquí, comed.» Quedaron horrorizados é inmóviles á vista de aquel espectáculo. «Este es mi hijo prosiguió ella; yo le he tratado así, y ya que he comido de él yo misma, bien

paras, por respeto á la Biblia que tienen allí guardada. Todo está muy sucio y en suma miseria. Ví á los judíos estar leyendo la Biblia y otros haciendo oracion: tanto unos como otros están continuamente moviendo la cabeza para atrás y para adelante sin cesar un momen-

podeis hacerlo vosotros.» El asombro les obligó á retirarse, llegando la noticia de este atentado tan atroz hasta el campo de los Romanos, que apenas podian resolverse á creerla.

La compasion de Tito subió de punto con esta relacion, pero su ejército resolvió acabar con una nacion que engendraba semejantes monstruos. Tuvieron noticia de estos horrores los cristianos retirados en Pella, y reconocieron con un religioso asombro el cumplimiento literal de la suerte que el Redentor predijo á las mugeres de Sion, cuando iba al Calvario: Vendrá dia en que las estériles y las que no hayan criado hijos se tendrán por felices. Todavía eran los judíos dueños del templo y de la ciudad alta que formaba una segunda plaza con su ciudadela. Aprovecháronse los Romanos de la consternacion que causó de repente en todas las facciones la cesacion del sacrificio perpetuo, para arrojarlos de aquellos puntos. Advirtió este pueblo maldito con espanto en el dia 10 de Julio la imposibilidad de sacrificar segun la ley, porque ya no se hallaba Sacerdote ni Sacrificador en ninguno de los partidos. Así se cumplió tambien de un modo aun mas fatal lo que habia anunciado el Profeta, de que sus ojos serian inaccesibles á la luz; pues viendo cumplida la profecía que mejor mostraba su reprobacion, no reconocieron en ella el castigo. Cególes la confianza que tenian en la solidez y extraordinaria altura de los muros del Templo y en sus obras adyacentes, tan fuertes como soberbias, que el viejo Herodes habia mandado edificar.

Eran estos edificios de inmensa grandeza, y además de ellos desde la torre Antoniana hasta el lugar santo se dilataban, unas magníficas galerías que se comunicaban. Y sucedió así porque los sitiadores no pudieron escalar los muros, ni batirlos con ariete. Hallóse forzado Tito el dia 8 de Agosto á poner fuego á las puertas del segundo recinto del Templo, y las llamas se apoderaron de las galerías, que estuvieron ardiendo el resto del dia y toda la siguiente noche. Las legiones querian reducirlo todo á pavesas, y el general y todos sus oficiales no pudieron resolverse á destruir este monumento único por su hermosura, y que era el objeto de la veneracion y asombro del universo. Mandó pues dar el asalto, marchando él delante de todos, y los soldados subian por las escalas con mucha confianza al ver que nadie se presentaba á defender los muros; mas apenas los legionarios ordenaron sus águilas en las almenas cuando fueron acometidos con una furia que hasta entónces no tenia ejemplo; todo el valor Romano no pudo resistirla, y los judíos precipitaron á los sitiadores desde lo alto de los muros despues de ganarles sus banderas que llevaron en triunfo.

to: de manera que cuando son muchos, no se les puede fijar la vista, sin desvanecerse la cabeza, con aquella ondulacion continua de todos al mismo tiempo.

Fuimos despues á ver la iglesia y convento de Santiago, que án-

Tomó entónces un soldado romano por impulso, que Josefo llama divino ó sobrenatural, un tizon del fuego que ardia en el recinto exterior, cuyo fuego procuraba extinguir el Príncipe, y encaramándose encima de uno de sus camaradas, lo arrojó por una ventana de los edificios vecinos al templo por la parte septentrional. El fuego prendió á un tiempo mismo en muchos parajes con una rapidez que creyeron sobrenatural hasta los mismos idólatras. Al ver los judíos ardiendo el lugar santo quedaron inmóviles como estatuas; pero el Príncipe acudió muy acelerado á apagar el incendio. Parecia que deseaba tanto la conservacion del Templo como la victoria y la destruccion de los rebeldes; mas no consiguió hacerse obedecer, porque los soldados aumentaban el desórden para robar á su grado. Estaban cubiertas de planchas de oro las paredes exteriores del Templo, y por ellas inferian las riquezas que habria dentro. Sin embargo se abrió paso Tito por en medio de los Romanos y extrangeros, y vió con efecto en lo interior del lugar santo una prodigiosa multitud de alhajas inestimables que excedia en mucho á todo lo que la fama habia anunciado.

Empero, mientras apagaba el incendio en una parte, prendia el fuego en otra con mas actividad, y este tan famoso Templo el mas grande, mas rico y mas hermoso del universo, en cumplimiento de los decretos del Todopoderoso, y á pesar de los exfuerzos de los vencidos y del vencedor quedó reducido á cenizas en el mismo dia y mes en que el primer Templo edificado por Salomon fué quemado por Nabucodonosor, esto es, el dia 10 del mes judaico, que corresponde al mes de Agosto del año 70 de Jesucristo.

Las dos cabezas de los sediciosos Juan de Giscala y Simon Bargiora, en la confusion del incendio se abrieron paso con la espada en la mano, y seguidos de alguna gente se retiraron á la ciudad alta. Fueron degollados todos los demas que quedaron en el Templo, sin distincion de clase, edad ni sexo; y el monton de cadáveres que quedaron al derredor del altar subia al nivel de este. El suelo inundado de sangre y cubierto de cuerpos destrozados no se descubria. Perecieron allí tambien seis mil personas entre hombres mugeres y niños, que el dia anterior tuvieron la fanática imprudencia de seguir desde la ciudad inferior á un falso profeta que les anunciaba una cercana victoria y seguro triunfo.

Estaba situada la alta ciudad en el escarpado monte de Sion. La ventaja del lugar inspiraba una nueva confianza al resto de los rebeldes: y habiéndoles amonestado Tito que si se rendian á discrecion salvarian la vida, exigieron que se les

tes estaba en poder de los padres franciscanos, y hoy la poseen los armenios cismáticos. Está edificada en el lugar donde fué martirizado el apóstol Santiago. Es una magnífica iglesia, la mejor que hay ahora en Jerusalem, despues de la del Santo Sepulcro, con un

permitiera retirarse al desierto con sus mugeres é hijos, pero no habiéndoseles concedido continuaron su defensa. Preciso el Romano por la necesidad en que se veía de comenzar un nuevo asedio, hizo abrasar toda la ciudad inferior y construir nuevos terraplenes contra la alta, en cuyas obras trabajó el ejército desde el día 20 de Agosto hasta el 7 de Setiembre, en que hizo jugar las máquinas. Todo fué en breve forzado, y á la mañana siguiente entraron los sitiadores por la brecha, llevándolo todo á fuego y sangre. Tito acabó de destruir lo que perdonaron las llamas, sin dejar piedra sobre piedra en aquel lugar de maldicion, y despues mandó pasar por él el arado, ceremonia en que daban á entender los antiguos la total ruina de una ciudad. Quedaron en pié algunas torres solamente y parte de los muros accidentales, para que sirviesen de un monumento espantoso á la posteridad. A pesar de los estragos del incendio el botín fué tan grande, que el oro perdió la mitad de su valor en las provincias vecinas. Mas de dos mil personas muertas de miseria, ó que se degollaron unas á otras por no sujetarse á los vencedores, se hallaron en las cloacas subterráneas. Habíanse tambien retirado á ellas los tiranos Juan y Simon; pero la hambre obligó á Juan á que viniese á pedir cuartel. Condenósele en Roma á una prision perpetua despues de haberle concedido la vida, y haber sido llevado en triunfo. Simon que habia recogido algunos viveres, permaneció oculto en su cueva hasta fin de Octubre, y entonces salió de ella y vino al campo á presentarse vestido magníficamente de Púrpura y lino de Egipto. Admirados los centinelas le preguntaron quien era. Respondió con altivez que era Simon. Prendiéronle y á pocos días despues fué trasladado á Roma para servir como Juan en el triunfo de su vencedor: luego pereció á manos del verdugo por su obstinacion, y por haber sido cabeza principal del tumulto.

Imposible es señalar con exactitud el número de israelitas que murieron en esta guerra, la mas funesta y cruel que jamás sufrió nacion alguna. Josefo dice que durante el sitio perecieron un millon y cien mil personas, y añadiendo los que perecieron al mismo tiempo ó poco ántes en las demás ciudades de Palestina, ascienden los muertos á un millon trescientos treinta y siete mil, sin los que no pudieron contarse. Hubo tambien noventa y siete mil, reducidos á la esclavitud, pero habia quien los comprase. Rehusó Tito las coronas que las naciones inmediatas le presentaron, segun costumbre, al tiempo de darle la enhorabuena por su victoria, y publicó ante todo el mundo que no era esta obra suya, y que solo habia sido instrumento de la venganza divina contra aquel pueblo impío.

Tito pasó el invierno en las cercanias para apagar hasta la última centella de

gran convento anexo. Cerca está el lugar de la casa de Anás, donde el divino Salvador recibió la bofetada, segun lo refiere San Juan.

(1) «Entre tanto el pontífice se puso á interrogar á Jesus sobre sus discípulos y doctrina, á lo que respondió Jesus: «Yo he predicado pú-

una rebelion tan funesta, y no abandonó la Siria hasta la primavera inmediata para ir á embarcarse en Egipto. Entonces pasando por las ruinas de Jerusalem no pudo detener las lágrimas viendo la destruccion de una ciudad tan floreciente, y maldijo muchas veces á los que le habian obligado á tratarla con tanto rigor. Salió el Emperador su padre, á su llegada á Italia, á recibirlo bastante lejos de Roma, donde los dos entraron en triunfo con una pompa proporcionada á la importancia y á las dificultades de la expedicion que era su objeto.

Fué enviado Lucilio Baso con nuevas tropas á fin de concluir enteramente la reduccion de la Judea. Estas se apoderaron del castillo de Herodion y despues del de Maquerunte que estaba muy fortificado; y á los dos años de la ruina de Jerusalem, en el 72 de Jesucristo, hizo el Emperador Vespasiano vender todas las tierras de los Judíos. Publio Silva en el año 73, que sucedió á Baso, muerto en su gobierno, sitió la fortaleza de Masada que era tenida por inconquistable y estaba todavía por algunos sicarios. Estos se vieron en breve imposibilitados de defenderse á pesar de su furor desesperado, y de las fuerzas de la plaza: y cuando ya no les quedaba ningun recurso resolvieron pasar á cuchillo á sus mugeres é hijos, y despues diéronse muerte unos á otros; y teniendo todos por gran fortuna el morir primero, fué preciso que echasen suertes para ver quien habia de sobrevivir á los demás. El último que quedó, despues de asegurarse que todos habian perecido, puso fuego al castillo donde se representó esta sangrienta escena, y se atravesó el pecho con un puñal. Entraron los sitiadores en la plaza á la mañana siguiente, que ya no era mas que un vasto sepulcro; y esta victoria los puso en posesion pacífica de toda la Judea.

Buscaron medio de escaparse muchos de los asesinos, pasándose á Egipto, donde procuraron excitar nuevos tumultos, é inspirar el horror que ellos profesaban á los Romanos. Fueron todos presos y se les castigó con diversos suplicios, sin que por su loca obstinacion se pudiese con todo género de tormentos, lograr que uno solo, ni aun sus hijuelos reconociesen al Emperador por Soberano. Recompensóse al jóven Agripa llamado así para distinguirlo del primer Herodes Agripa, que desde el principio de la rebelion se declaró por el partido de los Romanos, de la pérdida que le causaba la ruina de una ciudad tan importante como la capital de la Judea. Varias posesiones vecinas pasaron á poder de este hermano de Be-

(1) Cap. XVIII, versos del 19 al 24.